

Capítulo 4

Los indígenas que encontraron los misioneros Jesuitas, Agustinos, Franciscanos y Capuchinos en Urabá (1606-1649)

Introducción

La región de Urabá se había salido completamente por fuera del control de los españoles desde mediados del siglo XVI. San Sebastián de Buenavista ya no existía como poblado de españoles, sino que estaba bajo completo control de los indígenas Cueva/Urabáes. Al parecer tres grupos principales dominaban la región oriental del golfo. En la parte norte del golfo de Urabá se encontraban varios asentamientos de indígenas conocidos como los Caribaná. La hipótesis de este capítulo, a partir de la evidencia documental disponible, es que al parecer los llamados Caribaná eran parte de los originales Urabáes que encontraron los españoles al momento del contacto, o por lo menos estaban muy relacionados con ellos. Como lo detallaré en un capítulo posterior, los indígenas de Caribaná tenían muchas semejanzas con los llamados Gorgona o Idibaes, que hacia el siglo XVII vivían entre la orilla occidental del río Atrato y el océano Pacífico.

En la parte media y baja del golfo, también referida durante parte del siglo XVI como la culata del golfo, estaban grupos sobrevivientes de los indígenas Cueva, o como mínimo con características culturales muy similares a ellos, que he denominado en este trabajo como los nuevo Urabáes, que se habrían desplazado del área de Acla en el Istmo de Panamá. Los “nuevos Urabáes” vivían principalmente en la zona costera del costado oriental del golfo, especialmente en los dos poblados de San Sebastián, el fundado inicialmente por Alonso de Heredia, y el que posteriormente fundó Julián Gutiérrez con el mismo nombre, ubicado muy cerca del primero.

Un tercer grupo, ubicado en la región montañosa de la parte sur oriental de la provincia de Urabá, llamados por los españoles como Guacacies, posiblemente descendientes de los Zenúes. A ellos se sumaban algunos grupos más pequeños, que podrían ser remanentes de otros cacicazgos, o grupos independientes, algunos originarios del área y otros que llegaron allí huyendo de la conquista.

En esta sección voy a enfocarme en tratar de identificar, con el mayor nivel de detalle posible a partir de la documentación encontrada, a estos grupos indígenas existentes en el área oriental del golfo de Urabá, desde la costa hasta el río Sinú. La llegada de misioneros de varias órdenes religiosas a la región, comenzando por la corta visita en 1606 de dos sacerdotes Jesuitas a los llamados Caribaná, y continuando luego con los misioneros Agustinos que llegaron en 1626. Igualmente, los Franciscanos que se asentaron brevemente en San Sebastián en 1627, y luego los Capuchinos en 1647. Como se detallará en otro capítulo de este trabajo, entre la visita de los Jesuitas de 1606 y la llegada de misiones más permanentes a partir de 1625, la región estuvo visitada por la armada colonizadora de Francisco Maldonado de Saavedra, en su fracasado intento por colonizar a los Tunucunas. Es precisamente dicho fracaso militar el que abrió las puertas a los esfuerzos de reducir a los indígenas por medio del trabajo de las órdenes religiosas.

En este capítulo me voy a apoyar en la rica información proporcionada por los misioneros de estas órdenes religiosas que mencioné. De dicha información me interesa especialmente extraer las observaciones y comentarios de los misioneros sobre los grupos indígenas que encontraron, sus características, tradiciones y costumbres. No pretendo ofrecer necesariamente una historia de las misiones en la región, por lo que

únicamente elaboraremos al respecto en la medida en que sea necesario para entender la ubicación, el accionar y la lógica de los distintos grupos misioneros que trabajaron en dicha región.

La región de Urabá durante la segunda mitad del siglo XVI

Hacia 1560 los Caribaná y los Urabáes dominaban completamente las costas y el interior de la región conocida como Urabá. Según los testimonios de varios testigos, los indígenas de ambos grupos atacaban a cualquier español que llegaba a sus tierras, no importaba si lo hacían accidentalmente, o porque se aventuraban a buscar “rescates” con los indígenas del área. Como sucedió desde la llegada de los primeros barcos españoles, los bajos existentes en las costas de la región facilitaban el accionar defensivo de los indígenas. Según el testimonio de un cacique llamado el Viento, del poblado del mismo nombre, ubicado cerca a la desembocadura del río Sinú, su comunidad limitaba con los Caribaná y había sido testigo de dichos ataques:¹

“(…) apareció el dicho Diego Maldonado y presentó por testigos para la información que se le manda dar a un indio que dijo de llamarse El Viento y que es cacique del pueblo que también se llama El Viento, encomendado en Hernando de Lipar, vecino de esta dicha villa (...)

Dijo que este testigo tiene en su pueblo en la costa de la mar que es más cercano a los indios de Carivana y que sabe que los dichos indios de Carivana son muy bellacos y perjudiciales en la dicha costa de la mar y en aquella tierra porque de allí han salido y salen ordinariamente a matar los cristianos españoles que navegan por la dicha costa, y que la mar, con tiempos que hace, los echa por aquellas partes y otros con necesidad de agua y comida van por allí, o por enseñarse en la ensenada, y como los dichos indios de Carivana están, en la dicha costa y los ven apellidarse unos a otros imitan los dichos españoles, y otras veces los aseguran diciéndoles que van por comida y cuando vuelven vienen

¹ Del nombre de este cacique probablemente se deriva el nombre de la actual población de San Bernardo del Viento, que por muchos años durante la época colonial se conoció como San Bernardo Abad.

apercebidos y armados, y con yerba, y dan en ellos hasta que los matan; y así este testigo ha entendido que lo que hicieron, había cinco y seis meses que se enseñó un navío en el golfo de Urabá que traía mucha gente, y viniendo por tierra por la dicha costa de la mar salieron a los cristianos que venían y ellos les dijeron a los dichos indios que les diesen bollos y batatas, y comida, y que les darían machetes y cuchillos; y que los dichos indios dijeron que los esperasen allí un día, que ellos traerían comida, y estuvieron esperando y vinieron muchos indios y los flecharon, y mataron cinco cristianos y flecharon otros, y les tomaron la ropa que traían y que también mataron muchos días a otros cristianos de otros navíos que salen a tomar agua en la costa; y que estos indios son de tres pueblos, que un cacique se llama Diego y otro cacique de otro pueblo se llama Zárate, y el cacique de otro pueblo se llama Cayba; y que más adelante la costa había en Urabá hay también indios muy bellacos que han muerto muchos cristianos y que allí ha estado poblado pueblo mucho tiempo y que los indios mataron muchos cristianos, echaron de allí los otros que habían quedado y despoblaron el pueblo; y que también mataron poco tiempo a un cristiano que se llamaba Gerónimo Martín y que también mataron a su mujer y un niño hijo suyo, y a otros cristianos que habían vuelto a poblar a Urabá; y que cuando el dicho Gerónimo Martín iba a poblar el dicho pueblo de Urabá estuvo en su pueblo este testigo y este testigo le dijo que no fuese allí porque aquellos indios eran bellacos y que le matarían, y que el dicho Gerónimo Martín le dijo que ya eran buenos y que llevaba muchos machetes y sartas de corales, un cofre de ellos para dar a los indios porque le sirviesen, y que todavía fue el dicho Gerónimo Martín y le mataron como dicho tiene a él y a su mujer e hijo, y a sus compañeros; y que cuando los cristianos que ahora cinco o seis meses vinieron eran compañeros de los que mataron los dichos indios y llegaron a su pueblo de este testigo y venían heridos e con mucha hambre, y les dio de comer y les dijo que por qué habían venido por tierra porque aquellos indios eran bellacos y que se habían de venir porque no los matasen, y ellos dijeron que no los conocían ni sabían que fuesen bellacos porque pensaron que eran buenos, y que les querían dar por su

rescate comida; y esto dijo y declaró el dicho indio de su propia lengua por ser ladino como dicho es, y dijo que es la verdad”.²

En su testimonio, el Cacique El Viento menciona a los indígenas de Caribaná, pero su relato es un poco confuso porque al ofrecer detalles sólo se refiere con nombre específico a caciques de tres pueblos que al parecer son Cueva/Urabáes, y que al menos uno de ellos, Diego, tenía nombre cristiano. Igualmente, los mencionados caciques Zárate (Carate) y Cayba aparecen entre los poblados que Pedro Heredia encomendó en 1534. Otro testigo señaló que *“un capitán indio que se dice Acurí”, que vivía, “en un pueblo junto al pueblo del dicho cacique Diego”,³ robó oro y mató a varios españoles. Como consecuencia de la situación de inseguridad para los españoles, para 1561 el antiguo camino que había abierto el licenciado Xoan de Vadillo, desde Popayán a Cartagena, pasando por San Sebastián de Buenavista, había sido abandonado. Otro testigo señaló:*

“(…) que sabe que los indios de Carivana son muy perjudiciales, en especial un cacique que se llama Diego, que es cacique de la provincia de Urabá y contrata con los dichos indios de Carivana, y así mismo, otro cacique que le oyó Damaquiel, los cuales están poblados cerca de la costa de la mar y tienen impedidos los caminos que son de esta villa a los de Antioquía, porque están de guerra los dichos indios de Carivana y los demás caciques que han dicho”.⁴

El encomendero Francisco Marmolejo agregó el siguiente testimonio entre las quejas contra los indígenas de Caribaná:

“(…) que de quince años a esta parte, poco más o menos, que habrá que este testigo reside y está en esta dicha villa, siempre ha

² “Indios de Urabá: conquista y reducción”, 1560. AGNC, Caciques e Indios, 16, D.8. Folios 685-697. Transcripción paleográfica realizada por la empresa española *Escritura y Documentos*. Hasta donde conozco, solamente Parsons (1967) había mencionado la existencia de este documento, aunque sin analizar su contenido, quizás por la enorme barrera que representa el poder leer el español del siglo XVI.

³ “Indios de Urabá: conquista y reducción”, 1560. AGNC, Caciques e Indios, 16, D.8. Folios 685-697.

⁴ “Indios de Urabá: conquista y reducción”, 1560. AGNC, Caciques e Indios, 16, D.8. Folios 685-697.

oído que los indios contenidos en la dicha petición han sido y son perjudiciales y que han muerto a muchos españoles que han dado en la dicha costa, y que podría haber siete u ocho años, poco más o menos, que los dichos indios vinieron al río del Çena de noche y dieron en un pueblo que se decía [Pinarpa], que estaba en la real corona, y mataron al cacique y a otros indios del dicho pueblo, y se llevaron a otros indios e indias, entre los cuales se llevaron dos indias lenguas⁵ que estaban por lenguas del dicho pueblo, y desde entonces se despobló dicho pueblo; y otro que este testigo tenía a él encomendado también se despobló de miedo de los dichos indios, por lo cual, han venido en disminución muy grande”.⁶

Estos testimonios documentales sobre la situación en la región de Urabá al parecer fueron el resultado de un esfuerzo de los encomenderos y autoridades locales de Tolú y Cartagena, para dar a conocer a la corona la gravedad de la situación, y para que interviniera directamente en su solución. Así resumían los encomenderos y autoridades regionales la situación, y lo que pedían:

“(...) digo que el licenciado Melchor Pérez de Arteaga, vuestro oidor e visitador general de aquella gobernación, entendiendo cuando en ella estaba el daño, muertes y robos que los indios de la provincia de Caribana hacían, así en indios que eran de paz en servicio de vuestra alteza como a españoles, que suelen ocurrir con navíos en aquella costa perdidos, hizo información de todo lo susodicho, lo cual está en poder de su escribano y por ella constará ser así, lo cual es justo vuestra alteza mande obviar y remediar para que cesen los dichos daños y muertes, y para que esto mejor y más fácilmente se haga.

Suplico a vuestra alteza mande dar vuestra provisión real para que el cabildo de la dicha ciudad envíe una persona en vuestro real nombre con vara de vuestra justicia y con gente, y armas y lo que más necesario fuere, y vaya a la dicha provincia de Caribana y a

⁵ Es decir traductoras.

⁶ “Indios de Urabá: conquista y reducción”, 156o. AGNC, Caciques e Indios, 16, D,8. Folios 685-697.

los demás indios comarcanos a ella, y castigue a los indios que en lo susodicho y por otros cualesquier delitos se hallaren culpados, y para que cesen los dichos robos y muertes, pueda reedificar los pueblos que en vuestro real nombre en aquellas provincias fueron proveídos que por la aspereza de los dichos naturales se despo-blaron y, habiendo minas de oro o plata, queda proballas [sic].⁷

Sin embargo, a pesar de las denuncias de los encomenderos no hubo cambios significativos en la región. Es más, la situación continuó empeorando para los españoles, dada la aparente presencia de piratas en la región. En efecto, hacia 1580 también hubo piratas franceses entre los indígenas de Caribaná. En efecto, un grupo de piratas franceses realizaron un grabado de un indio de la Sierra Nevada de Santa Marta y de un Caribaná, al que denominaron “*indio de Caribara*”. La hipótesis es que dicho grabado corresponde efectivamente a un Caribaná de la región de Urabá (figura 1).

La calidad de los detalles del dibujo del indio de Caribaná permite resaltar varios aspectos. Primero, como los testimonios documentales posteriores lo resaltan, los indígenas de Caribaná sobresalían por su belleza física, y por ser generalmente más altos que la mayoría de los indígenas que habían encontrado los españoles en Tierra Firme. Segundo, el pelo rizado y el color de piel más oscuro también es resaltado por algunos de los testimonios. Tercero, el uso de “yerba”, o veneno en sus flechas. Los Caribaná parece fueron los inventores de dicho veneno, que por cerca de doscientos años logró mantener a raya a los españoles. Al parecer los Cueva/Urabáes también llegaron a usar “yerba” en sus flechas, cuando los visitó Julián Gutiérrez en 1535, pero es probable que la adquirieran directamente de los Caribaná.

El conjunto de indígenas de la provincia de Urabá, Caribaná, Cueva/Urabáes y posiblemente otros, tenían claro que querían relacionarse con los españoles bajo sus propios términos. No estaban dispuestos a aceptar encomenderos, pero estaban interesados en intercambiar sus productos, principalmente totumas y gallinas, por los cuchillos, hachas, machetes y chaquiras de los españoles. Además, una vez finalizada la esclavitud

⁷ “Indios de Urabá: conquista y reducción”, 1560. AGNC, Caciques e Indios, 16, D.8. Folios 685-697.

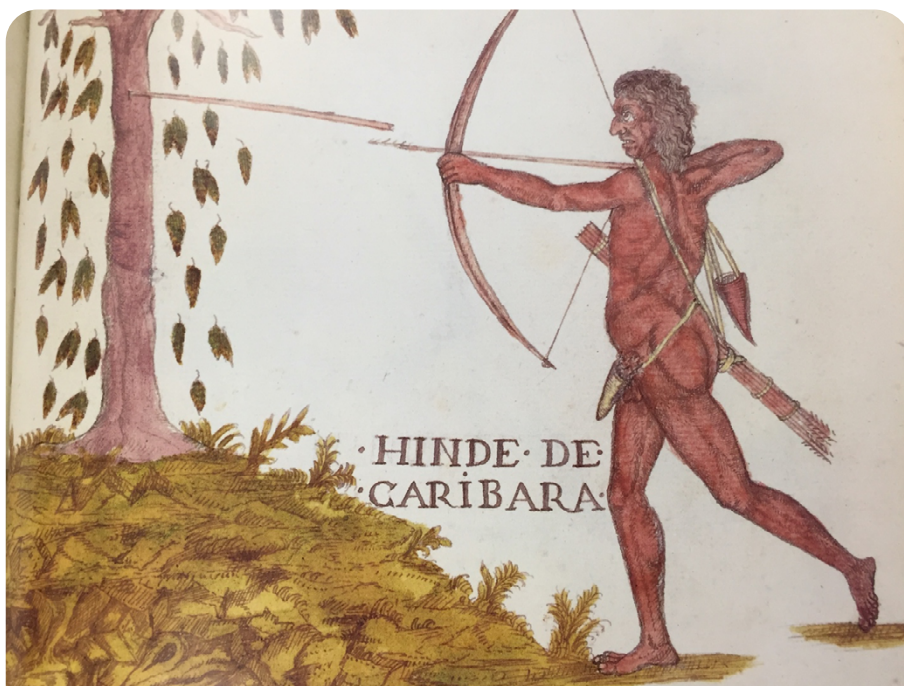


Imagen 1. Este grabado está acompañado del siguiente texto: “Para probar si su veneno es eficaz, apuntan sus flechas a un árbol y luego las retraen. Cuando el veneno es eficaz, el árbol deja caer sus hojas y muere en menos de medio día. Para hacer su veneno, mezclan la hoja de un árbol llamado mensenille, la sangre de un sapo, y la carne de un ciempiés, triturándolo todo, lo ponen en una pequeña olla de barro, la cubren cuidadosamente y la ponen en el suelo por seis “limes”, que es aproximadamente seis meses. Cuando pasa el tiempo, prueban las flechas como se ve aquí”.⁸

de indígenas por parte de la Corona desde comienzos del siglo XVII comenzaron a viajar a Cartagena para comerciar, y en algunos momentos hicieron conocer que estaban abiertos a recibir misioneros en sus territorios. Como ha mostrado en otro trabajo (Arenas 2023), aunque en términos culturales y de población estaban diezmados, el conjunto de los indígenas de Urabá logró su cometido de decidir por sí mismos las condiciones de su reducción al moverse a la región del río Sinú a finales del siglo XVII, lo que en últimas evitó su extinción física completa.

⁸ *Histoire Naturelle des Indes*. Illustrated manuscript, circa 1586. Folios 88v-89r. The Morgan Library & Museum, New York. Traducción del autor de la versión del texto en inglés.

El viaje a Urabá de los jesuitas Diego de Torres y Alonso de Sandoval en 1606

Los sacerdotes jesuitas Alonso de Sandoval y Diego de Torres Bollo visitaron la región de Urabá en 1606 con la intención de explorar la posibilidad de fundar una misión de su congregación. Para ese momento el Padre Diego de Torres ya gozaba de un cierto prestigio en los círculos académicos, religiosos y políticos tanto en España como en América.⁹ Su interés por la evangelización de los indígenas no era nuevo; de hecho, ya tenía una larga experiencia con los indígenas del Perú y había expresado a los religiosos de su orden en el Colegio de Cartagena sobre su interés de llevar el evangelio a la provincia de Urabá.

Según Sandoval, el Padre Torres, *“empezó a tratar con los de la casa, de cuanto servicio seria de nuestro señor si se abriese puerta a la conversión que de la provincia de Urabá y otras tenía noticias”*.¹⁰ En la Nueva Granada, el Padre Torres se había destacado por su interés en la evangelización de los pueblos indígenas Muisca, y especialmente por su insistencia en que los misioneros debían aprender la lengua nativa y catequizarlos en su lengua,¹¹ cosa que no se había intentado hasta ese momento como política oficial.

En la relación que escribió Sandoval sobre su viaje llama a los indígenas que visitó *“Nupu”*, y al poblado que visitaron Damaquiel, que como hemos visto, y como veremos más adelante, era un poblado de los llamados Caribaná, claramente diferente de los Urabáes (Cueva). En este capítulo planteo la hipótesis de que los llamados Nupu o Caribaná eran parte de los originales Urabáes.

En su obra clásica *“Noticias Historiales”*, escrita a comienzos del siglo XVII, Fray Pedro Simón hace el siguiente comentario sobre unos indígenas

⁹ Justo (2018); Beers (1997); Frias (2003). El prestigio de los dos religiosos ha llegado hasta nuestros días. Con el auge en las últimas dos décadas de los estudios sobre la historia de la esclavitud en las Américas, el interés por la obra de Alonso de Sandoval (1956), *De Instauranda Aethiopum Salute*, ha derivado en una proliferación de estudios sobre su figura. Sin embargo, los documentos que presento en este capítulo sobre el viaje a Urabá, aunque han sido mencionados brevemente por algunos autores, son inéditos y nos brindan una nueva dimensión del trabajo de los dos religiosos.

¹⁰ ARSI Novi Regni et Quit. 14. fols. 57r-57v. Documento localizado en St. Louis University, Microfilm Roll 149 (1529-1673).

¹¹ Lozano (1754:686).

de la región de Urabá, que pareciera reflejar lo que se rumoraba sobre los Caribaná:

“hombres y mujeres de muy buen cuerpo y rostro, todos desnudos; honestas las partes de la puridad, ellos a medio tapar con unos canutillos atados de una cuerda a la cintura, y ellas con una pampanilla.¹² Son los varones valientes, robustos, bien dispuestos e industriosos; pintan con un betún muy hermosas totumas, que traen con muchas gallinas de las nuestras a vender a la ciudad de Cartagena, donde entran y salen con una mala paz; usan en las guerras armas de palo que hemos dicho de otras naciones; son tan caribes y voraces de carne humana, que de cuatro y seis días de enterrados, sacan los cuerpos de los españoles y asados en una barbacoa se los comen; tienen templos donde adoran al demonio, que habla a sus hechiceros y adivinos; viven en pueblos hechos de los vasallos de cada Cacique”.¹³

Es interesante confrontar la percepción que tenían los españoles a comienzos del siglo XVII sobre los indígenas de Caribaná, y sus supuestas prácticas antropofágicas, con lo que encontraron los Padres Torres y Sandoval cuando los visitaron. La relación de Sandoval es la primera información documental que se conoce sobre los “Caribaná” ubicados en la cuenca del río Damaquiel, hoy río Mulatos.

La historia del viaje de los Jesuitas a Urabá comenzó por el hecho de que un comerciante que “rescataba” con los Caribaná, llevó a la ciudad de Cartagena a dos de sus caciques que querían se les enviara sacerdotes, porque según decían querían ser cristianos. Estando en Cartagena, los dos caciques fueron invitados a un evento en el Colegio de los Jesuitas, donde su viceprovincial en la Nueva Granada, el Padre Diego de Torres, sellaba con éxito una mediación que había hecho entre dos oficiales locales que tenían disputas personales. Al evento también asistieron el gobernador y el obispo de Cartagena. Cuando el viceprovincial de los jesuitas escuchó el deseo de los caciques Caribaná de recibir sacerdotes,

¹² El Diccionario de la Academia Española de la Lengua define “*pampanilla*” como, “*taparrabo de tela, o de cualquier otra cosa*”.

¹³ Simón (1892, T. V:172).

le expresó al gobernador y al obispo el deseo de su comunidad de hacerse cargo de dicha tarea. Tanto el gobernador como el obispo aceptaron gustosamente la oferta.

Consciente del peligro que existía de viajar a la región de Urabá, el mismo Padre Diego de Torres se ofreció a ir personalmente, y buscó un voluntario entre sus compañeros, a lo cual el padre Alonso de Sandoval se ofreció. El propósito de la visita era exploratorio, como lo explicaba Sandoval en carta a su provincial:

“(…) determinó el dicho padre viceprovincial que los caciques, aunque estaban tan de prisa, no se volviesen solos, más que fuesen con ellos algunos de los nuestros, solo para aficionarlos a ser cristianos, y en particular a la Compañía por ser la que de esta gloriosa empresa se había de propósito de encargar a su tiempo cuando nuestro señor nos diese obreros, y también para conocerlos, notar su vida, sus costumbres y ceremonias, y ritos y lo que con ellos en lo de adelante se podía hacer, y entablar según la disposición de la tierra para su mayor bien; y pareciéndole al padre viceprovincial que a ninguno de los que de la Compañía nos hallábamos en esta casa corría más obligación que a su reverencia. Se determinó ir en persona como lo hizo”.¹⁴

El destino del viaje de los dos jesuitas fue el poblado de “Damaquiel”, al que encontraron a “siete mortales leguas” de la costa, el cual estaba habitado por unos cien indígenas. Llama la atención que describa el clima de la provincia de Urabá como más frío que caluroso, lo cual puede ser porque cuando los Padres Torres y Sandoval la visitaron estaba cubierta de una espesa vegetación.

“Conocimos su vida y naturales y disposición de la tierra, la cual es toda montuosa, llena de ríos y quebradas, muchos pantanos y pocas llanuras, los caminos cerrados y cruzados de muy poca gente, las rancherías o poblaciones están las más en alto y en cada una habitarán a ciento cincuenta y a sesenta indios. Éstas serán quince, que en circuito tendrán ochenta leguas y en latitud

¹⁴ ARSI Novi Regni et Quit. 14. Roll 149, fols. 57r-57v. Vatican Library St. Louis University. Transcripción paleográfica de la empresa española “Escritura y Documentos”.

dieciocho, y todos poco más o menos serán ochocientos los de esta provincia, la cual es más fría que calurosa, de ningún regalo porque nada, sino yucas y batatas y plátanos malos. Y crían gallinas y alguna carne de monte, la cual dan a trueque de rescate (...) No tienen género de oro o plata, ni por ella se les da nada de otras provincias que confinan con estos”.¹⁵

Sobre el conjunto de indígenas de la región de Urabá y de sus alrededores el padre Sandoval escribió:

“Tomamos la noticia siguiente, a las espaldas de Urabá y del río del Senú o Nitano está poblada la provincia de Mantueque y se comunican con la de Faragoa, indios de la provincia de Urabá donde debe de haber mil quinientos naturales. Arriba de los Mantucos hay otra nación y provincia llamada [Guacasiel], de donde ha habido noticia de gran riqueza y sepulturas. Entre estos Guacasiel y el río de Darién hay otra nación cuyo nombre no supieron decir. Por la parte del río de Darién está la provincia de los Afiges que también se corresponde con la de Urabá y más arriba de estos Afiges hay otra nación llamada Jafa[efis] que tienen correspondencia con los Moscos indios también de la provincia de Urabá. Fuera de todas estas provincias y naciones hay otra nación que llaman los de Oromira donde los naturales dicen hay mucha cantidad de gente. De modo que para traer tantas naciones al yugo de la fe es fuerza sean cristianos los de Yrabá, pues casi todos comunican con ellos, que, aunque son pocos es mucho el fruto que con su conversación pueden hacer”.¹⁶

De este rico testimonio documental del Padre Sandoval podemos resaltar varias cosas. En primer lugar, el nombre “Nitano” para el río Sinú. Esta

¹⁵ ARSI Novi Regni et Quit. 14. Roll 149, fols. 57r-62v. Este es el único pasaje que se había publicado hasta ahora de la carta del Padre Sandoval. La versión modernizada del pasaje fue publicada de esta manera: “La tierra es toda montañosa, llena de ríos y quebradas, muchos pantanos, pocas llanuras; los caminos cerrados y cursados de muy poca gente. Las rancherías o poblaciones están las más en alto, y cada una habitarán seiscientos cincuenta y a sesenta indios”. Salvatierra, Angel (1956: xii). Sin embargo, el padre Salvatierra cometió un error respecto al número de indígenas mencionados en el texto, ya que el original dice: “y en cada una habitarán a ciento cincuenta y a sesenta indios”. ARSI Novi Regni et Quit. 14. Roll 149, fols. 60r.

¹⁶ ARSI Novi Regni et Quit. 14. Roll 149, fols. 57r-62v.

referencia confirma lo ya mencionado por Fray Pedro Simón en uno de sus pasajes, donde refiere al “*rio de Nitana ó Zenú*”, que podría ser el nombre original del río Sinú.¹⁷ En segundo lugar, Sandoval nos presenta una visión de conjunto de los grupos indígenas de la región. Los “Mantueque” o “Mantucos”, podrían ser los llamados Malibues, que vivían en la región baja del río Magdalena. Los “Guacasiais” que podrían ser los Zenúes, dado que Sandoval dice que es, “*donde ha habido noticia de gran riqueza y sepulturas*”. Los “Faragoa” parece corresponder a los indígenas que habitaban el área del río León, cerca de la serranía de Abibe, los cuales también se les conocía como los Saracunas, como vimos anteriormente. Sandoval también señala que los indígenas de la provincia de Urabá eran unos ochocientos. Sin embargo, los testimonios recogidos por Sandoval dejan claro que los Oromiras son sin duda la tribu más numerosa en las regiones vecinas. De los “Afiges” y los “Moscos” (Mosios?) encontramos alguna mención en otros documentos posteriores, pero no así de los “Jafa[efis]”. Finalmente, se menciona una tribu que no les fue posible conocer su nombre, que habitaba entre el Sinú y el Darién, que podrían ser precisamente los Cueva/Urabáes. El Padre Sandoval claramente señala que todos los grupos del área tienen relación con los de Urabá, por lo que plantea la importancia de enfocar la conversión de dicha provincia, aunque sean menos numerosos que otras provincias.

Específicamente, refiriéndose a los indígenas “Nupu” que conoció en Damaquiel, Sandoval dice:

“Esta es la disposición de la tierra del natural de los indios nupu. De tomar noticia vine de los que vi que fueron los de Urabá, los cuales hablan todos una lengua al parecer no muy difícil. No tienen a lo que pudimos entender ninguna adoración, aunque tienen algunas muchachas que les curan los enfermos y dicen hablan con los demonios. Concertase lo común con una mujer y pienso que es por tener pocas y, aunque beben de ordinario y mucho, hay pocos

¹⁷ Simón (1892, T. V:165). Adicionalmente, Fray Pedro Simón hace referencia a la provincia de Nituaná en un pasaje donde menciona que Pedro Martín Dávila le pidió permiso al gobernador de Antioquia para la conquista de provincias de su gobernación, “*a quien él no había dado vista desde que comenzó su gobierno, siendo del que eran las de Nitana, Caribana, Panzenú, Maritué, Guazuze, Tuango, Urabá y Urabaibe*”. Simón (1892, T. V:161-162). Es posible también que al igual que el río Atrato el río Sinú hubiera tenido varios nombres, uno en su parte alta (Nitano) y otro en su parte media y baja (Sinú).

borrachos, aunque muchos borrachos [sic] por ser la chicha muy simple. Son de naturales alegres y muy regocijados y dispuestos, hermosos. Andan los hombres desnudos con calabazas que en ciertas partes se usan que son más perjudiciales que andar sin ellos. Las mujeres andan todas vestidas, cuyo recogimiento y modestia es muy particular. Ocúpanse todas en el servicio de sus maridos. Son muy limpios en sus personas y casas, y comen y duermen en alto. La cama es una hamaca que son de las mantas de los mismos indios con unos cordeles al cabo para atarlas en los árboles y siempre ponen cerca de sí alguna lumbre que dura toda la noche porque es muy frío este modo de dormir. Son muy celosos. No se ocupan en nada o más pocas veces que hacen [...] casas o van a pescar o cazar. Cuando van camino van con sus arcos y flechas muy envidados,¹⁸ que es pintados de varios colores que de lejos parecen vestidos. Unas veces se pintan como armados y otras con traje de españoles [medio] azul colorado, y las mujeres suelen de la cintura arriba pintarse también, aunque traen de ordinario unas cobijas de manta y otros del medio cuerpo abajo. El arma más fuerte que tienen es una yerba, la cual es remediable, aunque saque una sola gota de sangre. Con esta [ilegible] las flechas y se defienden de los enemigos ofendiéndoles. Dicen lo hacen con todas cuantas cosas ponzoñosas y venenosas saben y pueden haber, las cuales con ciertas yerbas por iguales partes echan en una olla grande y en lugar apartado le dan fuego, y son tan malignos los vapores que de ella salen que muere la que está meneando y dando fuego, y la regla y cuenta para saber la yerba está en su punto; es después de haber muerto la que sucesivamente la han estado dando fuego y procuran entonces sean tres, los más viejos, diciendo que así como así les faltará poco y que mueran haciéndoles aquel beneficio. A los muertos los queman y las cenizas echadas en una olla con solemnidad de borrachera la entierran. Acostumbran predicar entre sí y es en voz en cuello y con muy buenos tonos.

Está el predicador sentado en su banqueta, en la una mano su arco y flechas y junto a ellas encima el brazo una gran totuma que son unos vasos muy hermosos que ellos tienen para beber de

¹⁸ La bija era el nombre de la pintura que usaban para adornar sus cuerpos.

chicha y en la otra, otra menor, y aseguro que [ilegible] sino en la cabeza y boca. Predica media hora y más todos los oyentes están de la misma manera. Se [marchan] acabado el sermón [ilegible] la borrachera, algazara y risas”.¹⁹

La visita de los Jesuitas en la provincia de Urabá despertó muchas expectativas entre las autoridades provinciales. El gobernador de Cartagena, Diego Fernández de Velasco le reportaba al rey lo siguiente:

“Por otra cédula de V.M. fecha en 30 de enero de 1607 se me manda que los indios que se fuesen reduciendo a nuestra santa fe católica por solo la predicación del Evangelio no se cobre tributo de ellos por tiempo de 10 años ni se encomienden a nadie y que tenga muy gran cuidado sean bien tratados y asista con mucha puntualidad a los religiosos que se ocupasen en su conversión lo que haré como se me manda. Cerca de esta ciudad 20 leguas hay una Provincia llamada Urabá en la que viven cosa de 800 indios en su gentilidad tratan de convertirse y reducirse a nuestra santa fe católica y a la obediencia de V.M. y así gozarán de esta mira y beneficio han tomado la mano de esta conversión los padres de la compañía del nombre de Jesús que lo sabrán muy bien hacer porque después que estaban en esta ciudad siempre se han ocupado con mucho cuidado en semejantes ministerios doctrinando españoles y negros y cuando en mucha virtud y letras a la juventud y si ellos no se ocuparan en leer una cátedra de latinidad no sé si pudiera hacer ministros bastante por las almas en esta provincia”.²⁰

Sin embargo, los padres jesuitas no estaban en condiciones para comenzar una empresa misionera en la región de Urabá, principalmente por la falta de “obreros” (misioneros). Así lo señaló años después el mismo padre Sandoval, refiriéndose al padre Torres:

“Al fin, habiendo tomado su Rev. la bastante noticia, que se requería, se salió, y dejó orden en Cartagena volviese yo, y otro Padre

¹⁹ ARSI Novi Regni et Quit. 14. Roll 149. fols. 60v-61r.

²⁰ Carta del gobernador de Cartagena, Diego Fernández de Velasco al Rey, 12 de julio de 1607. AGI, Santa Fe, 38, R.4, N.82.

a esta reducción, que no tuvo el efecto deseado, porque el otro Padre no pudo venir, y a mí me debía de querer el Señor para otros efectos. Al fin se quedó esto hasta ahora con lágrimas de dolor del santo Padre, que es sin duda, que si el gobernara la Provincia, hubiera ahora allí gran Cristiandad”.²¹

En efecto, a los pocos días de regresar de Urabá el padre viceprovincial Diego de Torres fue llamado por sus superiores para ir a fundar la provincia de los Jesuitas en el Paraguay, y lo que llegarían a ser las famosas misiones en dicha tierra. Igualmente, Sandoval decide entonces dedicar su vida a trabajar con los esclavos negros en Cartagena, llegando a convertirse en uno de los activistas y escritores pioneros contra la esclavitud, y maestro de quien llegaría a ser el más conocido defensor de los esclavos en el nuevo mundo, Fray Pedro Claver.

Así le escribía el padre Diego de Torres al Cardenal de Milán, Federico Borromeo, dando cuenta de su viaje a Urabá. Reproduzco los aspectos más importantes de esta carta inédita, fechada el 20 de mayo de 1607, que se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán:

“Estando yo en Cartagena, ciudad y puerto principal de estas Indias occidentales, entendí de cómo había llegado un hombre español con unos indios infieles, y jefes, que llegaban de una nación novísimamente descubierta pidiendo que se les bautizaran, y también Padres, que fuesen allá para predicar el Santo Evangelio de Nuestra Fe; después de haber encomendado el asunto a Nuestro Señor, decidí ir yo en persona. Enseguida pareció que todo el mundo se me oponía: porque tantas y tan grandes fueron las dificultades que me presentaron, que si el Señor no me hubiera otorgado oportunidad y gracia muy particular, dudo que me habría quedado atrás. Unos me oponían las dificultades del viaje; otros el peligro de la vida por ser la gente barbarísima; otros la tanta penuria de todas las cosas; otros, al final, seiscientas cosas similares, las cuales todas para mí eran incentivos y motivaciones para que todo fuese como lo hice.

²¹ Carta del Padre Alonso de Sandoval al padre Juan Pastor, fechada el 7 de julio de 1632. Lozano (1754:698).

Partí con un compañero y los demás indios, y llevé conmigo unas cositas para regalar a esos pobres. Como camisetas, sandalias, cornetas, agujas, y otras cosas que ellos estiman mucho. El camino fue tan fatigoso, aunque no muy largo, que sólo para caminar 30 leguas que se hacen cómodamente en tres días, tardamos 10. Y fueron tan rabiosas y peligrosas las tempestades, que nos detuvimos en el pequeño trecho de mar, que diez o doce veces nos reconciliamos dando nuestra vida perdida y al final fue hecha la voluntad de Nuestro Señor si llegamos a tierra. Entre estas tempestades se perdió un batel pequeño donde estaban los buenos indios sobredichos, por lo cual sentí un grandísimo dolor no sabiendo si estaban vivos; o más bien, teniendo por cierto que estaban muertos: pero fue hecha la voluntad de Nuestro Señor si, estando nosotros ya al seguro y afligidos y tristes, descubrimos de lejos nuestro batel con los Indios todos, lo que fue para nosotros causa de increíble alegría y la fiesta de todos fue tanto que bien parecía que habíamos pasado lo que pasamos.

Llegados por lo tanto todos empezamos nuestro camino por tierra, y si el trecho del mar fue lleno de sufrimientos y peligros mucho más lo fue este porque casi todo fue caminar por lugares palúdicos, donde entrábamos en el barro hasta el cinturón; y cuando no había barro (que fue en los montes y colinas) era necesario ir como gatos, con pies y manos, ayudándose con las ramas y raíces de los árboles por ser la subida muy empinada y difícil. Entre todos estos sufrimientos y el refrigerio que teníamos, había el vernos además faltos de provisión necesaria para el sustento de nuestra vida; puesto que no nos habíamos provisto para más de 4 o 5 días. Pues fue tanta la alegría y el júbilo interior que Nuestro Señor nos dio que apenas sentíamos la penuria y las demás necesidades.

En fin llegamos al término y final de nuestra peregrinación, y vinieron a recibirnos, los indios naturales de aquella habitación. Vinieron en gran número, casi todos desnudos y sus cuerpos pintados de varios colores; de buena estatura; y las mujeres de grandísima belleza y muy recatadas y virtuosas. Sus entretenimientos son cazar cerdos salvajes, pescar, o trabajar la tierra. Son muy amigos de la limpieza, en sus casas, y con grande exactitud observan sus

ritos. Sus armas son arcos y flechas en las cuales son hábiles de maravilla. Beben mucho de un licor, que llaman chicha, hecho de granos de maíz parecido a lo que nace allí en Italia. Nos quedamos unos días en esos lugares, en los cuales recibimos noticia de todas las tierras circunvecinas, que son muchas, y todas populosas de innumerables ánimas; y como en aquel tiempo no pudimos socorrerlos a todos así como quisiéramos, diferimos a mejor ocasión el penetrar adentro; y en este tiempo les enseñamos unos principios universales de nuestra santa fe, por lo cual ellos se quedaron tan animosos y aliviados que no querían de ningún modo dejar que nos marcháramos. Pero, como mejor pudimos volvimos a casa, y por tener el viento favorable llegamos en diez días y medio.

Certifico a V. S. Ill.^{ma} que jamás tuve más grandes placeres y consolaciones espirituales como los tuve en esta ocasión en el medio de esos peligros, y sufrimientos, y estoy cierto de que me valió el probar en persona el gran bien que es sufrir para el bien de los pobres indios, porque me he quedado tan encariñado a ellos que no hay para mí ninguna cosa tan difícil que por el bien de estas ánimas no hiciera con gran placer y Jubilo”.²²

Entre el viaje de los Jesuitas y la llegada de los Padres Agustinos en 1626 solo conocemos que en 1618 un grupo de indígenas de la región de Urabá, aunque no sabemos con exactitud a que grupo pertenecían, fueron a Cartagena a pedir sacerdotes. Así lo reportó al Rey el gobernador de Cartagena: *“Los indios de la Provincia de Urabá que es en esta han venido a dar la paz y piden sacerdote que los bautice por que dicen quieren ser cristianos, aunque no tienen oro tienen labranza y frutos que podrían ser de importancia para el aumento de esta tierra de que envío a Vuestra Majestad testimonio”*.²³

²² Veneranda Biblioteca Ambrosiana. Códice G., 196 inf., ff. 108r-109r. Traducción del italiano por Manuela Francavilla, Universidad de Wisconsin-Madison. Sobre otras cartas intercambiadas entre el Padre Diego de Torres y el Cardenal Federico Borromeo, ver Vargas Ugarte (1934).

²³ Carta del Gobernador de Cartagena, Diego de Acuña al Rey, agosto 17, 1618. AGI, Santa Fe, 38, R.5, N.146.

Fray Alonso de la Cruz y las misiones Agustinas en Damaquiel, Urabá (1626-1633)

En 1626, veinte años después de la visita de los jesuitas, un grupo de misioneros Agustinos liderados por Fray Alonso de la Cruz comenzaron una misión en Urabá, y se establecieron inicialmente también en la cuenca del río Damaquiel, hoy río Mulatos.²⁴ Los indígenas de dicha área mantenían rivalidades con los llamados “Matamoros”²⁵ y con los Tunucunas del Darién. Dichas rivalidades al parecer explican por qué los indígenas Caribaná buscaron la presencia de los misioneros Agustinos, como una manera de construir alianzas con los españoles para conquistar a sus rivales.²⁶

Según escriben sus compañeros Agustinos, Alonso García de Paredes era el nombre original de Fray Alonso, y desde temprana edad se caracterizó por ser una persona con una profunda inclinación religiosa y una personalidad excéntrica, amante de la soledad y de los ayunos. Había viajado a la Nueva Granada como parte de sus inquietudes y en busca de su vocación religiosa. Por una razón no muy clara, al llegar al nuevo mundo estuvo primero recorriendo varios lugares de la costa de la Nueva Granada, incluyendo las sabanas de Tolú, la ciudad de Mompox y el río Magdalena. De allí subió hasta Tunja, y luego fue al páramo de Iguaque, cerca de Villa de Leyva, en busca de un ermitaño llamado Juan Pescador, con quien estuvo un tiempo. Luego pasó a la ciudad de Santa Fe donde se hizo monje Agustino en 1604. Dos años más tarde, cuando los Agustinos calzados crearon el grupo de Recoletos descalzos se pasó a dicha rama y comenzó a llamarse Alonso de la Cruz y se fue a vivir al nuevo Convento que se había fundado en el desierto de la Candelaria, también cerca a Villa de Leyva.

Posteriormente Fray Alonso fue a Cartagena, donde fundó el Convento de la Popa. Desde allí salió a iniciar una misión en Urabá. A partir del éxito

²⁴ Fray Alonso se dividió el territorio con el Franciscano Fray Diego de Villarrubia, con quien arribó a la región de Urabá. Como veremos en detalle más adelante, Villarrubia se ubicó en San Sebastián mientras que Fray Alonso en el área de Damaquiel. Sin embargo, dado que la misión de Villarrubia duró muy poco tiempo, los Agustinos extendieron luego su misión para albergar el área de San Sebastián.

²⁵ Es muy probable que el cacicazgo Matamoros sea descendiente del cacicazgo Amorocoy, quienes mantenían una rivalidad histórica con el cacicazgo Urabá desde la época de Julián Gutierrez (hacia 1530s). En este contexto puede ser que a los indígenas Urabáes los de Caribaná genéricamente los llamen Matamoros.

²⁶ Anónimo (circa 1630:58).

logrado en los dos primeros años, proyectó extender la misión por gran parte de la Costa Caribe, como se comprueba de las autorizaciones que buscó y obtuvo del Gobernador y Obispo de Cartagena, y aún más importante de la Congregación de *Propaganda Fide* en Roma. El Gobernador de Cartagena, Diego de Escobar apoyó el proyecto de Fray Alonso en Urabá al notar que dado que, “*importaba la reducción de los dichos indios, así por ser rebeldes, como por confinar con los indios de Andarien, se la dio*”.²⁷

Según su primer biógrafo, Fray Luis de Jesús, el misionero Fray Alonso de la Cruz entró por Damaquiel, “*con una Cruz en la mano, sin lengua, ni interprete*”²⁸, *acompañado solamente de un indígena. “Díjonos el Siervo de Dios, que le recibieron bien los Naturales, y le edificaron iglesia, en que dijese Misa*”.²⁹ Si tenemos en cuenta cómo llegaron los Jesuitas Sandoval y Torres a dicho lugar veinte años atrás, por invitación de los mismos indígenas que viajaron hasta Cartagena en busca de religiosos, lo más probable es que esta vez hubiera sucedido algo parecido, para que el misionero se hubiera aventurado a llegar donde los indígenas sin ningún tipo de invitación. También es de suponer que el indígena que lo acompañaba era de Caribaná.

En una relación probablemente escrita en 1628, Fray Alonso de la Cruz resumía así sus dos primeros años de trabajo en la región de Urabá:³⁰

“Jesús, María. Digo yo fray Alonso de la Cruz, Religioso Descalzo de mi padre San Agustín, del Convento de Santa Cruz de la Popa de la galera en Cartagena de las Indias, que, habiéndome dado mis Prelados licencia para ir a predicar el Santo Evangelio a la Provincia de Urabá y el Darién, con licencia del Cabildo y Sede vacante, y del Señor Obispo cuando vino de España, que confirmó la que me dio el Cabildo para poder administrar los Santos Sacramentos a los indios infieles de aquellas Provincias. Entre el año de mil seiscientos veintiséis, y he continuado dos años entre los dichos indios, bautizando algunas criaturas, y un Cacique o Capitán, el

²⁷ Anónimo (circa 1630:59).

²⁸ de Jesús (1681:222).

²⁹ de Jesús (1681:222).

³⁰ Las referencias documentales sobre los indígenas del conjunto de la región de Urabá deben leerse con cautela dado que describen grupos con lenguas y costumbres distintas, no siempre aclarando a qué grupo se están refiriendo.

más estimado entre ellos, que por todos serán sesenta poco más o menos, y de estas se han muerto ocho, o nueve. Pudiera haber bautizado muchos más que me lo pedían, no lo he hecho, por no poder asistir con ellos, ni tener ayuda de Sacerdote ni de nadie, sino de Dios, porque entré solo con un indio que me ayudaba a misa, y aunque me recibieron bien en mi entrada, y me hicieron Iglesia a donde decía misa todos los días; después de esto que se divulgó mi asistencia en la Provincia, vinieron de toda ella indios a verme. Hicieron sus juntas y borracheras, y trataron de echarme de su tierra, o matarme; y proveyó Dios que los Capitanes o Caciques tomaron mi causa, o la de Dios y dijeron, que había de estar en su tierra y que habían de ser cristianos. Con todo esto comencé a enseñar a rezar a los niños: tomaban muy bien nuestra lengua, y en pocos días rezaban cantadas las cuatro oraciones. Los padres muy contentos de oírlos me tomaron afición, y me regalaban con sus comidas. Vine a Cartagena a dar cuenta de lo que había pasado, traje siete indios Caciques, y Capitanes: vistiélos el Señor gobernador Diego de Escobar. Recibiélos muy bien, y a mí me ayudó mientras le duró la vida. Fue Dios servido de llevarle, y así paró todo, por haber escrito el dicho y yo al Consejo, y no haber respondido.

Digo, que sin que su majestad gaste nada, siguiendo lo que yo había tratado con el señor Gobernador difunto, con el favor de Dios, y con el beneplácito de su Majestad, no solo se ganará esta provincia, sino las demás conjuntas, que son siete por todas, de mucha gente, muy ricas de metales, y fructíferas de todo lo que se planta. De lo que yo vi, y de lo que informé de los indios, pudiera decir mucho y diré poco, por el riesgo que corre el escribir, y hablar de los que no son conocidos, ni hay mucha noticia de lo que no está poblado de cristianos. Solo digo que son tierras muy dobladas de montañas: también hay cabañas muy grandes para ganado, buenos temples, muchas aguas muy buenas, los indios muy bien proporcionados, y valientes flecheros, algunos de ellos blancos entre los Darieles. Otros comen carne humana, tienen diferentes ritos y lenguas, contratan unos con otros con poca seguridad, y se cautivan; tienen Mohanes, hombres y mujeres, que tratan con el demonio; algunos le ofrecen sus sacrificios, otros no. No tienen noticia de gloria, ni de infierno, más de que en muriendo se van a

una sierra a holgar con Guaca, que así llaman al demonio. Queman los cuerpos cuando mueren, tienen muchas supersticiones.

De buena gana dejo lo que pudiera decir: y así digo que si hay Sacerdotes tales cuales conviene a tal obra, y poniéndose por ejecución lo que yo he dicho, se reducirán a ser cristianos y vasallos de su Majestad: para lo cual conviene se dé el trato, y puerto de rescate con los indios a una persona de caudal, que se obligue por seis u ocho años a llevarles lo que yo he tratado con ellos, y a hacer Iglesia con nombre de Convento, y que sea fuerte para la defensa, si fuere necesario, y meta ganados, y negros que hagan labranzas de maíz, y saquen madera de cedro para navíos, y la asierren en el puerto, que hay mucha, y con esto se fortifica y puebla la tierra, y acuda al sustento de cuatro Sacerdotes que me han pedido para principio de la conversión; y estos no han de ser los que quisieran ir, sino los que fueren tales, que aprovechen, y no dañen: desinteresados de lo temporal, codiciosos de lo celestial, no regalados, sino fuertes y trabajadores en la viña del Señor. Con estas prevenciones, y otras que enseñara la experiencia con el tiempo, confío en Dios tendrá buen fin, poniendo los medios, y se ganarán estas almas para Dios, y las tierras para el Rey, sin mucha costa de haciendas y vidas, más con buenos consejos, y mejores obras se vencen dificultades, y se alcanzan bienes celestiales. Fray Alonso de la Cruz, siervo de los siervos de Dios”.³¹

En la relación, Fray Alonso menciona que son siete provincias vecinas, pero no las nombra. Sin embargo, estas aparecen en los documentos que tramitó ante la Congregación de *Propaganda Fide*. Allí podemos ver que estas eran: Urabá, Darién, Matamoros, Maritudes, Cataquines, Caribana y Taironas. Al incluir a los Taironas en la lista es claro que Fray Alonso se estaba refiriendo a una gran parte de lo que es actualmente la Costa Norte de Colombia, entre el golfo de Urabá hasta la Sierra Nevada de Santa Marta, que era el territorio al que aspiraba evangelizar por medio de su orden Agustina. De las siete, cuatro provincias están bien

³¹ Anónimo (1630: 58-59). También incluido en Ganuza (1920: 71-72) y en Santa Teresa (2015: 382-383), quien lo copió de Ganuza. Es importante anotar que la edición del texto de Santa Teresa del 2015 contiene muchos errores, incluyendo la cita de este documento.

identificadas y no se prestan para equívocos: Urabá, Darién, Caribaná, y Tairona. Las tres restantes serían “Maritudes”, que corresponderían a lo en otros documentos se conocen como Malibues, en la región baja del río Magdalena.³² Es muy probable que “Matamoros” sea el antiguo cacicazgo Amorocoy, que se menciona en las visitas de Julián Gutiérrez, y que como veremos en uno de los capítulos finales, hacia fines del siglo XVII deriva en el nombre Mocary cuando emigran a la región del río Sinú.³³ Los Cataquinues,³⁴ Cathachinues, o Chirachicaes podrían ser los mismos Zenúes, también llamados por los españoles como Guacacies, por las sepulturas encontradas entre ellos. Es probable que a este grupo sea el que llamaba Guaca a su divinidad.

A pesar de llevar viviendo dos años en la región, Fray Alonso era consciente de una diversidad de grupos y de lenguas, y de la dificultad de hablar sobre ellos sin haberlos visto y conocido a todos. Desafortunadamente Fray Alonso no intenta explicitar a qué grupo pertenecen algunas de las costumbres y características que menciona. Sin embargo, hay unas que no dejan campo para la duda. Es claro en su relación que algunos de los Darieles (también llamados en otros documentos de la época como Tunucunas) son albinos.³⁵ Algunos de los grupos del interior de la región

³² Sobre los Malibues ver Friede (1968) y Rivet (1946).

³³ No sería extraño que el hecho de tener la palabra moro en el nombre, hizo que los Amorocoy fueran llamados Matamoros por los españoles.

³⁴ Es probable que sean los mismos Quinocotas que menciona Fray Adrián de Santo Tomás unos años más tarde, como veremos en otro capítulo.

³⁵ Este pasaje ha sido malinterpretado por Frances Stier (1979: 67), quien lo usa como supuesta prueba que los indígenas de la misión de los Agustinos en Damaquiel eran Gunas. Desafortunadamente, Stier cae en la trampa de las confusas citas de Fray Severino de Santa Teresa. En su relato de las misiones Agustinas en Urabá, Fray Severino copió textualmente lo escrito en 1920 por el padre Marcelino Ganuza, quien no siempre indica qué parte es de su autoría y qué parte es cita de documentos originales. El padre Ganuza agrega comentarios que no están en un texto anónimo originalmente publicado en 1630, y más tarde publicado nuevamente en 1681 por Fray Andrés de San Nicolás, del que Ganuza basó la mayor parte de su relato. En otras ocasiones Ganuza incluye pasajes escritos por el padre Pedro Fabo (1914). Basándose en la información de Santa Teresa, Stier señala como prueba adicional para creer que los indígenas de Damaquiel eran Gunas la mención del religioso de que los curanderos de los indígenas de Damaquiel los llamaban “leles”. Así dice Santa Teresa (2015: 373): *“A poco tiempo enfermó gravemente el cacique de Cartaya, el que había ordenado el destierro del padre misionero. Los curanderos o ‘leres’ no se dieron tregua ni reposo, sino que agotaron toda su magia en la aplicación de sus menjurjes para sanar a su venerado reyezuelo”*. El problema es que la palabra “leles” tampoco está mencionada en los textos de 1630, 1681, ni en los otros documentos originales citados,

eran señalados como Caribes, y como tales acusados de tener prácticas antropofágicas. Es probable que al grupo que acusa de tener prácticas antropófagas sean los que llama “Maritueses”, que estarían ubicados en la región baja del río Magdalena. Como he mencionado, Fray Alonso centró su misión en la provincia de Caribaná, entre los indígenas que vivían en la cuenca del río Damaquiel. Estos eran los que tenían la costumbre de quemar los cuerpos al morir, costumbre que como veremos más adelante compartían con los llamados Gorgona o Idibaes, que habitaban en la región occidental del Chocó. Sin embargo, llama la atención que en la documentación ya no se les acusa de ser antropófagos, lo que probaría una vez más que este tipo de acusaciones tienden a hacerse de observaciones externas de algunas prácticas culturales de grupos no conocidos.

El intercambio entre grupos indígenas rivales lo hacían con poca seguridad porque se tomaban rehenes entre por lo menos cuatro grupos, los “Caribaná”, los Matamoros o Amorocay, los Cataquinues y los Tunucunas. El Agustino Fray Andrés de San Nicolás nos cuenta el sofisticado sistema que todos los grupos tenían para comerciar, a pesar de las diferencias y enemistades.

“Continuamente son arrastrados por el ardor de las guerras; y, con el fin de evitar dificultades en el comercio, tienen señalada una sede en los límites de cada provincia, a donde a su debido tiempo en el año, acuden los mercaderes de cierta provincia, dejan las mercancías, les señalan el precio, y por el mismo camino regresan. Después, así mismo en la época fijada llegan los mercaderes de la provincia vecina, reciben la mercancía, depositan el precio con gran fidelidad, y tornan a casa, para que nuevamente vengan los que llevaron las mercancías primero y se lleven lo que es suyo. De esta manera evitan litigios, y los pueblos que antes se odiaban, hacen sus negocios y obtienen ganancias”.³⁶

Esta descripción de las relaciones comerciales entre grupos con rivalidades coincide sorprendentemente con lo dicho por el licenciado Xoan de

sino que es adicionada por Ganuza, y por el Padre Fabo. Más recientemente, al seguir a Stier, este error es reproducido por Martínez Mauri (2011: 38).

³⁶ Briceño Jauregui (1983: 432).

Vadillo en 1537, quien informó que los indígenas de la región del Urabá y Sinú tenían un sistema para el intercambio seguro de productos, llamado Mocly: *“Los indios del Cenu decían que para fallar el oro habían de ir a Mocly; los cristianos tenían que Mocly debía ser alguna Provincia rica donde salía el oro, y por lo que César y los que con él vinieron dicen, parece que Mocly es lugar donde vienen a contratar unos con otros, y no es provincia, sino mercado; y a cada uno de estos lugares donde contratan llaman Mocly”*.³⁷

Volviendo a los detalles de la llegada de Fray Alonso de la Cruz a Damaquiel, en su relato menciona que después de una junta que hicieron los indígenas, lo quisieron matar y le ordenaron que se fuera, pero los Caciques y Capitanes lo defendieron. Fray Luis de Jesús por su parte agrega una serie de detalles a la historia, que no sabemos con certeza hasta qué punto sean ciertos, o hayan sido parte de la construcción del mito de Fray Alonso como el primer mártir de los Agustinos en la Nueva Granada. Según esta narración, el jefe de los indígenas, llamado Cartaya, le habría ordenado que se volviera a Cartagena. Al poco tiempo Cartaya cayó enfermo y un Agustino Recoleta se le apareció en sueños ordenándole que revocara la decisión de expulsar a Fray Alonso. Al día siguiente, Cartaya no solo permitió que Fray Alonso se quedara, sino que además decidió bautizarse, lo cual imitaron otros caciques y muchas otras personas.

Aunque estos detalles obviamente encajan muy bien con las típicas narraciones religiosas de conversión de “indios infieles”, no sería extraño

³⁷ Vadillo (1884: 406). Es importante mencionar que las cartas de Xoan de Vadillo sobre sus visitas al Zenú en 1537 no mencionan los nombres de las provincias en que estarían divididos los Zenúes, es decir, Finzenú, Panzenú y Cenufana. Hasta ahora se ha asumido que estos nombres son originales, dado que aparecen primero en los escritos de Fray Pedro de Aguado (1919: 42-43), quien escribió sus crónicas hacia 1580. Sin embargo, también hay razones para ser un poco cautelosos. Cabe la posibilidad de que los nombres Finzenú, Panzenú y Zenufana hubieran sido creados por los españoles quizás en un esfuerzo por racionalizar la organización del territorio, para determinar dónde concentrar sus esfuerzos en la búsqueda del oro de las tumbas. Aunque no me atrevo afirmar que haya sido de esta manera, me llama mucho la atención la similitud del significado en español de los prefijos y el sufijo de los nombres de las regiones de los zenúes. Aunque reconozco que puede ser una coincidencia, se podría argumentar que los nombres del territorio Zenú parecieran haber seguido una lógica bastante simple. El prefijo “Fin” corresponde al centro funerario. El prefijo “Pan” corresponde al centro productor de alimentos. El sufijo “Fana” es el centro político. Este último es el menos obvio; sin embargo, según el diccionario de la Real Academia Española, uno de los significados de la palabra “Fana” es: “cada uno de los grandes faroles que, colocados en la popa de los buques, servía como insignia de mando”. En otras palabras, “Fana” podría corresponder a centro de mando.

que haya algunos elementos verídicos. Específicamente, hay testimonios de que estos indígenas Caribaná tenían una tendencia a creer en sueños reveladores, rasgo que compartían con los Idibaes o Gorgonas, como veremos en otro capítulo sobre ellos. De esta manera, es probable que Cartaya efectivamente le hubiera manifestado a Fray Alonso que había tenido un sueño que le decía que se debía quedar, situación que el religioso interpretó como un milagro.

Fray Luis de Jesús también nos cuenta que el misionero viajó a Cartagena hacia finales de 1627 y le pidió al gobernador Diego de Escobar que le ayudase con un intérprete, por lo que el gobernador le envió al soldado Diego de Saca, quien conocía la lengua, probablemente por haber comerciado con dichos indígenas por un tiempo suficiente para haber aprendido su lengua.³⁸ En dicha ocasión Fray Alonso también logró que el gobernador ordenara la prohibición de cualquier tipo de comercio entre particulares de Cartagena y los indígenas de la región de Urabá, a no ser que tuvieran autorización del misionero.

Uno de los testigos del trabajo de Fray Alonso de la Cruz señaló que los indígenas estaban muy gustosos de ser cristianos y de asistir a oír misa, *“y a lo demás que les mandaba el dicho Padre, en que mostraban mucho amor y tener mucho contento y gusto con el dicho Padre; y decían que el Rey era su Señor, y que fuesen allí cristianos, que con ellos acudirían a conquistar la provincia del Darién y Matamoros, provincias cercanas de ellos”*.³⁹ Este testimonio nos ayuda a explicar por qué los indígenas de Caribaná tenían deseos de ser cristianos, como una manera de ganar poder en la región frente a los grupos rivales.

Este mismo testigo, señalaba que estuvo con el padre Fray Alonso veintiséis días cobrando el tributo para el Rey, en gallinas y totumas, el cual pagaban los indígenas con mucho gusto.⁴⁰ Fue el gobernador de Cartagena quien negoció el pago de dicho tributo cuando varios caciques

³⁸ Aquí Fray Luis de Jesús nos proporciona copia del decreto del gobernador, fechada el 6 de noviembre de 1627. de Jesús (1681:224-225).

³⁹ Testimonio del cabo de escuadra Juan Verdejo. Cartagena, octubre 16, 1628; Anónimo (1630:62). Este testimonio está también incluido en el trabajo de Fray Marcelino Ganuza (1920: 68).

⁴⁰ Testimonio del cabo de escuadra Juan Verdejo. Cartagena, octubre 16, 1628.; Anónimo (1630:62).

de la región lo visitaron⁴¹. El mismo Rey menciona que los indígenas, *“aceptaron pagarme en reconocimiento como a su Rey y señor una gallina cada uno, que con mucho gusto han comenzado a pagar”*.⁴² Otro de los testigos también da cuenta de los acelerados cambios que vivía la región gracias al creciente comercio con la ciudad de Cartagena, por lo que, *“tres barcos de la dicha ciudad de Cartagena van y vienen a la dicha Provincia por gallinas, madera, y otras cosas de los dichos indios”*.⁴³

De hecho, en la relación de Fray Alonso de la Cruz mencionada, se puede observar claramente que el misionero veía su proyecto misional acompañado de un proyecto económico de explotación de los recursos de la región, como la madera. Igualmente quería meter ganado y traer negros esclavos para las labores. De allí su interés de tener un puerto y allí construir un fuerte-convento para seguridad de los misioneros y todos los españoles involucrados en este proyecto.

En carta al Rey, el gobernador de Cartagena Diego de Escobar, confirma que Fray Alonso lo visitó en dicha ciudad en compañía de un grupo de Caciques del área de Damaquiel:

“vino aquí [Fray Alonso] con el capitán mayor y seis caciques de siete lugares a tratar conmigo que en nombre de V.M. los recibiese debajo de su amparo y que yo cumpliese con ellos lo que me pedían y que ellos cumplirán conmigo lo que acordasen (...) Estos siete lugares tendrán de tres mil quinientas a cuatro mil personas chicos y grandes según la relación del padre Fray Alonso de la Cruz y de la lengua que vino con ellos (...).⁴⁴

Sin embargo, a los pocos días de dicha reunión el gobernador Escobar murió repentinamente, por lo que Fray Alonso quedó sin su principal benefactor. De esta manera, decidió quedarse en Cartagena hasta recibir respuesta del Rey, del Consejo de la ciudad y del mismo Vaticano, ante

⁴¹ Testimonio de Don Antonio de Lara Mogrovejo, La Habana, enero 4, 1629; Anónimo (1630:64).

⁴² Cédula Real, Madrid, mayo 5, 1629; Anónimo (1630:65).

⁴³ Testimonio de Don Antonio de Lara Mogrovejo. La Habana, enero 4, 1629; Anónimo (1630:64).

⁴⁴ AGI, Santa Fe, 39, R.2, N.17. Esta carta también se encuentra en Barquero y Vidal (2004: 98-101).

quienes había acudido para tener las autorizaciones requeridas que garantizaran el futuro de la misión. Aunque el Consejo nunca le contestó, tanto el Rey como la Congregación de *Propaganda Fide* le otorgaron todas las autorizaciones solicitadas. El Rey envió una cédula real fechada el 5 de mayo de 1629, y la Congregación de *Propaganda Fide* lo hizo el 17 de agosto del mismo año. No hay duda de que los Agustinos exageraron los logros de Fray Alonso, al afirmar ante *Propaganda Fide* que habían bautizado ocho mil indígenas, lo cual no pudo haber sido posible.⁴⁵

Otro Agustino, Fray Luis de Jesús, nos ofrece información más detallada de los poblados indígenas de la margen derecha del golfo de Urabá y de su población, los cuales he agrupado en la siguiente tabla.⁴⁶

Tabla 1. Grupos indígenas de la margen derecha del golfo de Urabá hacia 1632, según los misioneros Agustinos

Nombre del asentamiento	Localización	Población	Información adicional
1. Puerto de Santa Ana	Boca Río Damaquiel	N/A	Aquí vivían los padres agustinos, tenían la iglesia principal y habían construido un puerto, con la idea de que algunos indígenas se pasaran a vivir a dicho sitio. El gobernador de Cartagena había enviado algunas personas para ayudar a poblarla. Fray Alonso de la Cruz tenía la intención de fundar allí un convento que fuese a la vez un fuerte, como protección en caso de ataques de los indígenas.
2. Damaquiel (Damaquel)	Río Damaquiel, cuatro leguas arriba de Santa Ana	700	
3. Chicara-chica ⁴⁷	Dos leguas arriba de Damaquiel	500	

⁴⁵ de Jesús (1681:229).

⁴⁶ Este trabajo al parecer fue escrito por Fray Andrés de San Nicolás, quien no estuvo en las misiones en la región de Urabá, pero es considerado uno de los grandes biógrafos de la orden Agustina. Fue prior del convento de Santa Cruz de la Popa en Cartagena en 1663, el más importante de la orden en aquel tiempo, por lo que puede pensarse que fue allí donde tuvo acceso a los documentos sobre las misiones de Urabá y Damaquiel. Fabo (1918:46). Sin embargo, para no causar confusión, citaremos al autor que aparece en el documento.

⁴⁷ En 1589 el fiscal del rey en lo relacionado con las encomiendas de la provincia de Cartagena, desarrolló un proceso para despojar a Manuel Gonzalez, vecino de la villa de Tolú,

Nombre del asentamiento	Localización	Población	Información adicional
4. Misiachica	Dos leguas arriba de Chicarachica	600	
5. Alfatichica	Una legua arriba de Misichica	400	
6. Matamoros	Dos leguas arriba de Alfatichica	600	
7. Tiquitusa	Dos leguas arriba de Matamoros	200	
8. Farabay	Más arriba del poblado Tiquitusa	500	“tierra templada”
9. Mosio	Tres leguas arriba de Farabay; último de la provincia de Urabá; <i>“corre hacia el Sur, por parte de la Provincia de Maritudes, y otras muchas de gente Caribe”</i> .	300	“es gente pacífica”.
10. Mugirica (Mojirica)	“está cuatro leguas de Damaquiel, la costa del mar, hacia Dariel”	600	“es Gente más dócil”
11. Nacarino	Cinco leguas adelante de Mugirica, “por la misma costa”	300	
12. Numiarán	Una legua más adelante de Nacarino	200	
13. San Sebastián	Tres leguas adelante de Numiarán, pegado a la Ensenada. Hay tres leguas de travesía en la ensenada para llegar a Dariel	800	“es la mejor gente de la provincia”.
14. Chichirubí	El documento de los Agustinos no especifica la localización. Sin embargo, Fray Pedro Simón comentando hechos sucedidos en 1620 menciona, “Chichurubí, tres leguas apartado de San Sebastián” ⁴⁸ .	200	

del título que poseía sobre las encomiendas de los indígenas de Chicarachica y Mojirica, entre otras cosas porque dichos indígenas aún estaban por conquistar. “Usufructo de encomiendas de Chicarachica y Mojirica”. AGNC, Miscelanea: SC.29, D.51. Fs. 972-1007.

⁴⁸ Simón (1892, T. V:351).

Nombre del asentamiento	Localización	Población	Información adicional
15. Urabá	En la cabeza de la ense- nada	300	<i>“También se llama Gauri”</i> . Limita con Dariel y otras provincias.
TOTAL		6.200	

Fuente: de Jesús (1681:232-233).

Es muy probable que las cifras de indígenas dadas por los Agustinos no sean correctas. Como señalé anteriormente, los jesuitas habían encontrado cerca de cien personas en Damaquiel, y calcularon en unos ocho-cientos entre sus parciales.⁴⁹ Es prácticamente imposible que hacia 1632 los indígenas del conjunto de la región de Urabá sumaran en total 6.200 personas. Para poner esta cifra en contexto es preciso recordar que para 1610 se calculaba que la población indígena del resto de la provincia de Cartagena era de solamente 6.866.⁵⁰

Sin embargo, la riqueza del texto es la información del nombre de los poblados, la cual se corresponde con menciones anteriores de algunos de ellos. Igualmente muestra que a pesar de ser tan pocos conservan costumbres muy diversas, lo que podría indicar que los grupos indígenas de la región eran una mezcla de sobrevivientes de distintas culturas, algunas relacionadas entre sí.

Adicionalmente, el documento de Fray Luis de Jesús, probablemente con información de los archivos de los Padres Agustinos, debe usarse con cautela porque su autor agrega muchos prejuicios y falsos rumores que existían sobre los indígenas de la región. Por ejemplo, en uno de sus apartes señala, sin especificar ningún grupo en particular: *“Es tanta su barbaridad, que buscan Mujeres en Tierras de sus Enemigos, y trayéndolas a sus Casas, usan de ellas como de propias, y los hijos que en ellas tienen,*

⁴⁹ En los repartimientos realizados por Pedro de Heredia en 1542 en San Sebastián, los cacicazgos de Urabá y Chichirubi aparecían formalmente encomendados, aunque es dudoso que sus encomenderos hubieran tenido la capacidad real de ejercer poder sobre ellos; Borrero Pla (1983:123).

⁵⁰ Para el año 1610 la población indígena por distritos en la Provincia de Cartagena era la siguiente: Distrito de Cartagena, 3.191; Distrito de Tolú, 2.525, y Distrito de Mompox, 1.150. La región de Urabá era parte de la Provincia de Cartagena, pero era un territorio de frontera por conquistar; Ruiz Rivera (1996:76).

los crían con mucho regalo; y en llegando a edad de doce años, o trece, se los comen, como sazoadísimo plato".⁵¹

Sin embargo, hay algunos detalles sobre los cuales existen otras referencias que confirman su veracidad. Por ejemplo, respecto al veneno que ponían los indígenas de Caribaná a sus flechas, Fray Luis comenta: *"Es este veneno tan pestífero, que a la Esclava más desechada se le manda coser, y de solo olor muere"*.⁵² Este inusual detalle también es mencionado por los jesuitas Sandoval y Torres en su viaje de 1606 que mencionamos más arriba. La misma complejidad del proceso de hacer el veneno ayudaría a explicar por qué otros grupos indígenas no lo usaban siendo la única arma que los españoles temían. Como mencionamos anteriormente, algunos grupos Cueva/Urabáes cuando los visitó Julián Gutiérrez en 1535 en la culata del golfo lo comenzaban a usar, pero más adelante no se menciona que dichos grupos hubieran continuado con esta difícil práctica.

Fray Luis de Jesús comenta que los indígenas de San Sebastián (Urabáes) y los Darieles (Gunas), *"suelen de una y otra parte matarse muchos"*.⁵³ Igualmente agrega que los Darieles, *"Es gente traidora, y por eso no los comunican los de San Sebastián"*.⁵⁴ Para cuando Fray Alonso escribe su relación, en 1627, y otros documentos a los que tuvo acceso Fray Luis de Jesús, era claro que los llamados Darieles o Tunucunas estaban localizados únicamente en el costado izquierdo del golfo de Urabá, a solo tres leguas de San Sebastián cruzando el golfo, y todavía no vivían en su margen derecha. En otras palabras, en 1627 no había indígenas Gunas en la costa oriental del golfo de Urabá, su movilización ocurriría solo unos pocos años después como veremos más adelante.

Fray Andrés de San Nicolás nos ofrece más detalles de las costumbres y tradiciones de los *"gentiles de la provincia de Urabá"*. Algunas de las costumbres que menciona son difíciles de identificar como pertenecientes a un grupo en particular, dada la falta de detalles. Como cuando dice:

"Sus habitantes son guerreros, de muy diversas costumbres o ritos; no todos comen carne humana, ni todos ofrecen sacrificios a los

⁵¹ de Jesús (1681:221).

⁵² de Jesús (1681:221).

⁵³ de Jesús (1681:233).

⁵⁴ de Jesús (1681:232).

demonios. No tienen ellos noticia alguna de la pena o de la gloria eterna; lo único que creen es que, después de la muerte, van a cierto monte muy alto donde van a gozar en alguna forma. El ‘sacerdocio’ lo ejercen mujeres que no se casan sino con los más nobles, los cuales acostumbran a tener dos o tres esposas. Entre estas el primado del matrimonio lo tiene quien fue conseguida primero, y los hijos de ésta son los que suceden por derecho hereditario. El arte principal en el cual todos se instruyen es el manejo de las flechas con el fin de prepararse para la guerra (...) Los hechiceros por su parte, emplean augurios, sortilegios y diálogos frecuentes con el diablo, del cual reciben toda clase de oráculos”.⁵⁵

Sin embargo, en otros de sus comentarios es claro que se refiere a los indígenas de la región de Caribaná:

“No entierran ningún cadáver, sino que lo queman; sólo conservan las cenizas de los caciques, las cuales, después de un año, y hecha una consulta general, mezclan con cierta bebida fabricada de trigo de las Indias; luego, aquellos infelices la beben desmesuradamente teniendo por cierto que de ese modo muestran su amor, y que eso les aprovecha no poco y se les aumentan las fuerzas”.⁵⁶

⁵⁵ Briceño Jauregui (1983:432). Esta carta es una traducción del latín hecha por Fray Rubén Buitrago O.R.S.A., de un texto originalmente titulado, *Proventus Messis Dominicae Fratrum Excalceatorum Ordinis Eremitarum Sancti Agustini, Congregationis Hispaniae Percentus ad Sanctissimum D. N. Alexandrum VII per Andream de Sancto Nicolao Eiusdem Congregationis Excalceatorum Alumnum*. Rome, Apud Hearedes Colinii, 1656. Manipulus X.

⁵⁶ Briceño Jauregui (1983:432). Es claro que a comienzos del siglo XVIII, Fray Sebastián del Portillo y Aguilar se basó en este relato para escribir lo siguiente sobre la epopeya de Fray Alonso de la Cruz: “(...) entró intrépidamente por la Provincia, y Reino de Urabá, que está poblada de gente belicosa, diestra en las armas, feroz, cruel, indómita, y que gran parte de ella se sustenta de carne humana (...) es gente ciega, que no tiene noticia alguna de que hay gloria, ó pena eterna. Hacen oficio de Sacerdotisas las mujeres de los nobles, y estos pueden tener dos, y tres a su alvedrío, si bien tienen por principal, la que se casó primero, y los hijos de ella heredan la hacienda. Usan los hombres de sortilegios, hechizos, y agujeros: tienen frecuente comunicación con el demonio, y escuchan sus oráculos: queman los cadáveres humanos, y guardan las cenizas de los nobles, para otro año, las cuales echan en cierta cerveza hecha del maíz de aquella tierra, y en una Congregación general se las beben, satisfaciendo con ello a la obligación, y amor, que les tuvieron: creyendo tambien los miserables, que aquellas cenizas son buenas para aumentar las fuerzas, y cobrar nuevos bríos, y coraje: son gente belicosa, cuyo principal ejercicio es el de tirar flechas, y saetas”. Del Portillo y Aguilar (1731:352-353).

La misión de los padres Agustinos terminó trágicamente en 1633 con la muerte violenta de Fray Alonso de la Cruz, otros dos de sus compañeros, Fray Bartolomé de los Ángeles y Fray Miguel de la Magdalena, y cuatro españoles más, a manos de los indígenas de Damaquiel.⁵⁷ El motivo dado por los Agustinos fue el intento de Fray Alonso de imponer por la fuerza la prohibición de las prácticas polígamas entre los indígenas.

Posteriormente, en 1635, los Agustinos intentaron reestablecer la misión, esta vez en cabeza de Fray Andrés de Jesús,⁵⁸ pero dicha empresa solamente duró un año, dado que los misioneros debieron salir de la región cuando aparentemente los indígenas se quisieron vengar con ellos de los abusos cometidos por varios comerciantes españoles.⁵⁹ La documentación afirma que Fray Andrés de Jesús alcanzó a elaborar catecismos en lengua de los indígenas de la cuenca del río Damaquiel antes de regresarse a Cartagena, en febrero de 1636⁶⁰.

La efímera misión Franciscana en San Sebastián de Urabá en 1627

Como hemos mencionado, en San Sebastián habitaban indígenas Urabáes, y los visitaban algunas veces los Tunucunas, o Darienes. La visita de los Darienes a San Sebastián se puede confirmar con la carta del misionero Franciscano, Fray Diego de Villarrubia, quien, como hemos mencionado, arribó a la región en 1627. Al llegar a San Sebastián, Villarrubia envió una carta al Gobernador diciendo: *“De los Darienes no digo al presente nada porque no los he visto; suelen venir a los Urabáes, según dicen. Venidos que sean procuraré verme con ellos y si no procuraré saber el camino, que según dicen, ha de ser por la mar”*.⁶¹

⁵⁷ Carta de D. Francisco de Murga, Gobernador de Cartagena al Presidente de la Audiencia de Panamá. Septiembre 10, 1633. AGI, Santa Fe, 39, R.5, N.75.

⁵⁸ Fray Andrés de Jesús ya había visitado Damaquiel anteriormente en 1634, dado que fue la persona encargada de ir a buscar los restos de sus compañeros mártires y llevarlos de regreso a Cartagena. de Jesús (1681:237).

⁵⁹ de San Francisco (1756:117).

⁶⁰ de San Francisco (1756:118). Fray Andrés también elaboró catecismos en lengua de los indígenas Chocó, donde estuvo de misionero en 1638. Dichos documentos no se han encontrado hasta ahora.

⁶¹ “Carta del Padre Fray Diego de Villarrubia a don Diego de Escobar, Gobernador de Cartagena,

El gobernador de Cartagena, Diego de Escobar, en carta al Rey menciona que el padre Franciscano Diego de Villarrubia, le escribió sobre su misión, contando,

“lo bien que les va y las buenas esperanzas que tienen de reducir esta gente y como le han hecho iglesia y que lo que les tiene amedrentados es los malos tratamientos que los encomenderos de Tolú hacen a sus indios por cuya causa los que aquí estuvieron del pueblo de Damaquiel donde asiste el padre Fray Alonso de la Cruz dicen que de ninguna manera quieren encomenderos ni mayordomos sino lo ser de V.M. y dar la obediencia y reconocimiento al gobernador de esta ciudad en su nombre”.⁶²

Las acusaciones contra los encomenderos de Tolú son especificadas en la carta del gobernador, al asegurar que según Fray Diego de Villarrubia, el encomendero Diego de Mesa mató dos indígenas a azotes.⁶³ Finalmente, el gobernador Escobar agrega: *“Tengo por cierto que los de San Sebastián vendrán aquí con el padre Fray Diego de Villarrubia dentro de poco tiempo (...) y de lo que yo he alcanzado a entender de esta gente y de la del Dariel es que para haber de traerlos y reducirlos no hay otro camino mejor que el que hoy está abierto de estos santos religiosos (...)”*.⁶⁴

Fray Diego de Villarrubia hace la siguiente descripción de los indígenas que encontró en San Sebastián, en lo que llamó el *“sitio de Andrés, término de San Sebastián de Urabá”*,⁶⁵ y de los relatos que le hicieron de abusos recibidos de los españoles:

“esta gente es desnuda, aunque las mujeres andan con unas mantas desde la cintura hasta la rodilla poco más o menos, son de buen corazón todos como se ve, pues luego de que supieron de nuestra venida en el puerto que fue el 18 de abril de 1627 nos fueron

en la cual informa sobre la índole de los naturales de Urabá y las vejaciones que les han hecho los españoles. San Sebastián de Urabá, 27 de abril de 1627”. Mantilla (1980:113).

⁶² AGI, Santa Fe,39, R.2, N.17.

⁶³ Posiblemente los indígenas asesinados eran Urabáes. AGI, Santa Fe,39, R.2, N.17.

⁶⁴ AGI, Santa Fe,39, R.2, N.17.

⁶⁵ Mantilla (1980:113). No hay duda que Andrés es el cacique del lugar. Es muy probable que sea el mismo Andrés mencionado en una historia detallada por Fray Pedro Simón sobre hechos ocurridos en 1622. Andrés era hermano del cacique del lugar. Simón (1892, T. V: 350).

a llevar con muchas demostraciones de placer a los pueblos y cargaron toda la ropa y aún a mí que me cansé demasiado por picar el sol y ser tres leguas largas desde el puerto hasta sus ranchos; me cargaron a trechos con mucha voluntad. Justamente con esto están recelosos de los españoles por las malas obras que ellos han recibido, y luego como llegamos vimos rastros de ellas en un viejo desnarigado por N. Martin, y hay otros en esta provincia”.⁶⁶

La misión de los Franciscanos en San Sebastián tuvo una vida muy corta. Fray Luis Carlos Mantilla, uno de los biógrafos de las misiones Franciscanas en Colombia cree que pudo haber sido porque el padre Villarrubia falleció, aunque no se sabe cuándo y en qué circunstancias, y al parecer los otros dos misioneros que andaban con él enfermaron y tuvieron que abandonar la región.⁶⁷ Esta apreciación de Mantilla coincide con lo que nos cuenta Fray Andrés de San Nicolas, quien, refiriéndose a la entrada de Fray Alonso de la Cruz a Urabá en 1627, comenta:

“y pudiendo entrar por el Puerto de San Sebastián de Buena Vista, que es seguro para la Ensenada, y confina con los Darieles, que es el rumbo que han tomado en otras Conquistas, y Conversiones de aquella Provincia; dejo este camino a los Padres Franciscos Descalzos, para quienes negocio esta Misión, como la hicieron el año siguiente; si bien no pasaron adelante, por haber enfermado dos de los que entraron, y muerto uno”.⁶⁸

Lo importante a resaltar en este trabajo es que los Tunucunas aún no vivían en el costado oriental del golfo de Urabá, aunque solían visitar San Sebastián de Urabá. Su llegada se producirá a los pocos años.

Las misiones de los Capuchinos Andaluces en San Sebastián de Urabá (1647-1649)

En 1647, cerca de once años después de la salida de los Franciscanos de Urabá, el turno fue para los misioneros Capuchinos de Andalucía, quienes

⁶⁶ Mantilla (1980:111-112).

⁶⁷ Mantilla (1987:324).

⁶⁸ de San Nicolás (1681:221-222).

entraron por el puerto de San Sebastián, y según reportaron, fueron bien recibidos por los indígenas, encabezados por un Cacique llamado Andrés⁶⁹. Como dato interesante, los Capuchinos Andaluces encontraron dos poblados llamados San Sebastián, separados dos leguas y media uno del otro. Sin embargo, lo más curioso fue que entre uno y otro lugar había presencia de los Tunucunas.

El padre Guadalcanar ejerciendo como notario dejó el siguiente testimonio oficial de posesión de su terreno misional:

“In nomine Domini. Amen. -Notorio sea a los que el presente y público instrumento de posesión de lugar de Obispado vieren, como en las poblaciones llamadas San Sebastián en el partido de Urabá, en la nueva conquista espiritual, de la Misión de Frailes Menores Capuchinos de N. P. S. Francisco de la Provincia de Andalucía en España, (...) Estando en la cabeza de dichas poblaciones llamadas todas San Sebastián, el P. Fr. Luis de Priego Misionero Apostólico de la sobredicha Misión; y yo el presente Notario, y también Misionero, con autoridad de Su Señoría Ill.ma y de nuestro Superior especialmente constituidos, de que doy fe en presencia del Capitán Diego de Ochoa y Alonso de Ribadeneira vecinos de la Ciudad de Cartagena de las Indias, tomo posesión de dichas poblaciones circunvecinas llamadas todas San Sebastián, quieta y pacíficamente, asignándolas todas como las asigno a el Obispado sobredicho de Cartagena de las Indias; y para ello fueron presentes el Capitán Andrés, cabeza y Superior de dichas poblaciones, y a quien todos los naturales, y vecinos, y moradores de ella reconocen por tal; y Diego, y Alonso, y otros indios todos infieles, aunque tienen nombres de cristianos, los cuales prestaron su consentimiento; y en confirmación de la estimación, que de dicha posesión, y del bien espiritual, que de ellas resultaría, comenzaron luego a hacer la Iglesia, dedicada a N.P.S. Francisco, con vivienda para los Religiosos, y se ofrecieron a sustentarlos: y sobre sus hombros trajeron hombres y mujeres desde la Marina a

⁶⁹ Valencina, Fray Ambrosio (1908). Como vimos, cuando los misioneros Franciscanos arribaron a San Sebastián en 1627, referían a San Sebastián como “el sitio de Andrés”. Es muy probable entonces que el cacique Andrés que encontraron los misioneros Capuchinos de Andalucía en 1647 sea el mismo que conocieron los misioneros Franciscanos veinte años antes.

la población principal, que dista más de dos leguas de muy agrio camino de sierras, y espeso monte, la ropa y ornamentos de la Iglesia; y se dispuso dicho día cuatro de Octubre para poder decir la primera Misa, y se dijo, y dedicó la Iglesia a N.P. San Francisco, por ser su día. Y en señal de la dicha posesión, y asignación se fijó una Cruz delante de dicha Iglesia. Todo lo cual pasó dicho mes, día y año *ut supra*. -Fray Luis de Priego -Lugar del sello +.-Diego de Ochoa-Alonso Ribadeneira.-Fr. Diego de Guadalcanal Notario y Misionero”.⁷⁰

Aparte de la anterior certificación notarial, el único testimonio que tenemos de uno de los misioneros Capuchinos Andaluces que fue a Urabá es el siguiente, en carta a su provincial:

“Embarcámonos cuarto dentro de pocos días, en un barco, y habiendo padecido una gran borrasca que duró dieciséis horas, con que rompió el timón y estuvimos para irnos a pique. Tomamos puerto dentro de catorce días en Urabá, y cuatro leguas de San Sebastián donde se tomó la primera iglesia, hicimos otra en una población que se llama Tunucuna, con nombre de *Todos los Santos*. Los indios mostraron grande afecto, y que gustaban mucho de tener Padres que los doctrinasen. Al cabo de algún tiempo que estuve allí con sumo consuelo mío, pareció conveniente a los religiosos, que yo me partiese a Cartagena, para informar mejor, y con mayor conocimiento, y experiencia de las cosas. Llegué en ocasión que hallé allí a los padres que de esa santa Provincia iban al Dariel; hólgueme sobre manera de verlos, cumplidos ya sus santos deseos. Pocos días antes habían llegado unos indios de Damaquiel, población distante dieciocho leguas de San Sebastián a pedir Padres. Trató el Padre Fray Gaspar de enviarme allá con otro Religioso, y estando ya para embarcarnos dentro de cuatro días, se enfermó el compañero, que no se espera qué quede de provecho (...)

La Provincia de Urabá, según entendí de los indios, y españoles, que han visto parte de ella, muy poblada de gentes, que viven unos en poblaciones, otros en bohíos esparcidos por los montes.

⁷⁰ Cordubensi (1889:92-93).

Hay muchos indios Caribes la tierra adentro. Los más cercanos a la marina por espacio de sesenta leguas, son humanos, apacibles, y bien partidos. La tierra es montuosísima y abundante de oro, aunque más fama tiene la del Dariel. No tiene ningún género de ganado mayor ni menor, de tigres, leones y otros animales fieros hay muchos, y sobre todo de culebras, víboras y otras sabandijas muy ponzoñosas (...) El sustento son plátanos y raíces de yuca, ñame, y maíz tostado. Cogen con las flechas algunos zaínos, que son como jabalíes, pero muy pequeños. Religión no tienen alguna, ni ídolos, solo en las enfermedades dicen que diablo mucho moinar⁷¹ y matar indio si son de muerte. Andan desnudos los hombres todo el cuerpo, menos parte de las naturales [roto] traen un casquillo muy labrado. Las mujeres traen un paño de la cintura hasta la media pierna, y algunas veces se ponen otro con que cubren los pechos. Son muy honestas a lo que hemos podido colegir de lo que hemos visto”.⁷²

En carta al Rey, fechada el 10 de febrero de 1648, firmada por diez benefactores piden al Rey que permita que los misioneros Capuchinos de Andalucía y de Castilla operen coordinadamente y se puedan apoyar unos a otros en las misiones de Urabá y el Darién:

“(...) en las primeras poblaciones que llegaron en la ensenada del Dariel llamadas San Sebastián y son cinco juntas a corta distancia unas de otras, fueron bien recibidos y luego los indios les hicieron dos iglesias. Una en la principal de estas dedicada al señor San Francisco en su día y otra en Tunucuna, tres leguas apartada, a fin de agregar muchos indios que por los montes estaban esparcidos y le repartieron los religiosos dos en cada una y los instruyeron en la doctrina y misterios de nuestra santa fe. Y por manifestar el gusto con que ellos estaban vinieron cuatro indios los más principales y volvieron más contentos con el agasajo que se les hizo procedió de la moción común que causaron en cosa tan deseada y tan importante al servicio de Dios y de Nuestra Majestad, y no intentada

⁷¹ Dormir.

⁷² Biblioteca Nacional de España. *Misiones de Capuchinos en el Congo y Cumaná*. Mss. 3818, f. 32-33. Posiblemente el autor de esta carta es el hermano lego Capuchino Alonso de Velez.

hasta este día a cuyo ejemplo se movieron de otras poblaciones que llaman [Da]maquiel en la referida cordillera de Urabá vecina al Dariel y venir cinco indios poco después de los primeros a pedir religiosos de la misma profesión (...).⁷³

La misión de los Capuchinos andaluces sufrió un revés muy grande con la muerte de su prefecto, Fray Luis de Priego en 1648, y la enfermedad de otros misioneros. No cabe duda que las enfermedades fueron una de las causas por la que los Capuchinos andaluces decidieron abandonar Urabá en abril de 1649, un poco menos de dos años después de su arribo. Sin embargo, no hay que descartar que la muerte violenta de dos misioneros de otras congregaciones en su territorio misional hubiera influido fuertemente en la decisión de salida de los misioneros andaluces. En efecto, el Franciscano Fray Matías Abad y el miembro de la Orden de San Juan de Dios,⁷⁴ Fray Miguel Romero, murieron a manos de indios Urabáes el 30 de enero de 1649, después de haber desembarcado en la costa oriental de Urabá, luego de haber sido quizás los primeros españoles que bajaron por el río Atrato desde su nacimiento hasta su desembocadura en el golfo de Urabá.⁷⁵

Conclusión

Considerando el propósito central de este trabajo, la información presentada en este capítulo demuestra de manera inequívoca que los indígenas Gunas no habitaron el costado oriental del golfo de Urabá al momento de la llegada de los españoles, ni durante el siglo siguiente. En efecto, un pequeño grupo

⁷³ Biblioteca Nacional de España. *Misiones de Capuchinos en el Congo y Cumaná*. Mss. 3818, f. 10-12. Se puede inferir por el texto que la carta fue enviada desde Cartagena, pero no es claro en la copia que se conserva. Entre las firmas que son legibles en dicha carta están las de Don Antonio del Castillo, Marcos Gutierrez y Don Domingo Quadrado.

⁷⁴ No he encontrado información que explique las razones de la presencia de un miembro de la orden hospitalaria en una travesía por el río Atrato. Los miembros de la orden de San Juan de Dios, o “Juaninos”, llegaron a Cartagena en 1595 y a Panamá en 1620, cuando comenzaron a administrar el hospital de Portobelo (Larios Larios, 2009:140-141).

⁷⁵ AGI, Santa Fe, 42, R.3, N.41. “Carta de don Pedro de Zapata al rey, sobre la pacificación del Chocó”. El texto completo de dicha carta se encuentra también en Herraiz S. de Escariche (1946:489-492). Dado que hasta el momento se había creído que existía una identidad entre los Tunucunas y los Urabáes, es común que algunos autores atribuyan la muerte de los dos misioneros a los Gunas. Sin embargo, como hemos mostrado en este capítulo, los dos grupos eran distintos e independientes, y aunque eran aliados, a menudo rivalizaban entre sí. En el capítulo tercero denominé a los Urabaes como parte de la familia extensa Guna.

de Tunucunas comenzaron a trasladarse a dicho lugar, cerca del poblado de San Sebastián de Urabá en algún momento entre 1634, después de la salida de los misioneros Franciscanos de la región de Urabá, y antes de la llegada de los Capuchinos andaluces a dicho lugar en el año 1647.

Es a partir de este momento que los Tunucunas comenzaron a tener una presencia permanente en la margen derecha del golfo de Urabá,⁷⁶ la cual aún hoy día se mantiene, a pesar de que, como veremos más adelante, a comienzos del siglo XVIII tuvieron que moverse por un corto periodo de tiempo hasta el río Sinú.

Tabla 2. Resumen de las provincias y/o grupos indígenas mencionados por los misioneros en el área de Urabá y sus alrededores (1606-1647) y sus posibles correspondencias

	Jesuitas (1606)	Agustinos (1627-1633)	Franciscanos (1627)	Capuchinos (1647)
1.	Nupu	Caribaná	Damaquiel	Damaquiel
2.		Darieles	Darienes	Tunucunas / Darien
3.	Urabá	Urabá	Urabáes	Urabá
4.	Mantuques /Mantuco	Maritudes		Caribes
5.	Guacacies	Cathaquinues / Cathachinues		
6.	Faragoas			
7.	Afiges			
8.	Jafa[efes]			
9.	Moscós			
10.	Oromiras			
11.		Matamoros		

⁷⁶ El Capuchino Fray Ambrocio de Valencina, escribiendo a comienzos del siglo XX, hace una incorrecta interpretación de lo sucedido en Urabá en esos años, con significativos errores fácticos. Así dice Valencina (1908:115): “(...) en aquel tiempo los caribes del Dariel que eran antropófagos, hicieron guerra a los de Urabá, entrando en aquella provincia, matando y comiéndose a sus habitantes, los primitivos misioneros se ausentaron y dejaron a los que habían bautizado con nombres cristianos”. Es claro que los llamados “indios del Dariel” tenían rivalidades con los Urabáes, así que no resultaría extraño que su incursión en dicha región de Urabá, y el establecimiento de un poblado Tunucuna cerca de San Sebastian, hubiera incluido acciones de fuerza. Sin embargo, está fuera de duda el hecho que los Tunucunas o Darienes no eran antropófagos, ni siquiera los llamados Caribaná. Los Tunucunas establecieron un poblado cerca de San Sebastián, pero eso tampoco derivó en la extinción de los Urabáes.